

EL REFERENDUM

LA enigmática vida nacional se centra ahora en un posible, quizá probable referéndum. Se dan fechas para él: tal vez —dice una información—, el 26 de junio. Otra se titula "Dificultades para celebrar el referéndum antes del verano". Las dificultades se refieren a la oposición de derechas que está dentro del poder, que forma parte del poder mismo. Va a encontrarlas también por parte de la oposición democrática. Los verdaderos demócratas son, ya lo hemos dicho en otras ocasiones, muy reticentes ante el concepto mismo de referéndum; mucho más cuando están todavía políticamente desarraigados, cuando están desahuciados de las fuentes de expresión pública —televisión y radio—, cuando muchos de sus más valiosos elementos están en la cárcel. La oposición autocrática, desde dentro del poder, rechaza o retrasa las vías de la reforma. Es, sin duda, a esta oposición a la que se refiere el presidente del Gobierno cuando dice que "advertirla a quienes esperan mayores acciones del Gobierno que a veces no son sólo los gobernantes los actores, y que ocurre, tal cual en el teatro, que otras voces, otras acciones ajenas, conforman los primeros y los principales personajes" (declaraciones a los directores de periódicos en Palma de Mallorca). Declaración grave, pero realista. De una sinceridad que se estima. Y que asusta. En el teatro de la metáfora hay un autor y un final establecido. Aquí, no. Puede ocurrir que esos segundos personajes sean protagonistas. Lo están siendo. Las Cortes y el Consejo Nacional amenazan seriamente con paralizar, reducir, rebajar los proyectos de Ley de reformas: las enmiendas presentadas a los proyectos conocidos son ya altísimas y sus defensores son importantes. Desde dentro mismo de la Comisión Mixta del Gobierno se desgaja don José Antonio Girón de Velasco y dimite "por razones personales". Se ve cuáles son: combatir desde fuera lo que no ha podido evitar desde dentro. Una actitud, sin duda, noble, pero retrasada.

DESDE la oposición democrática, una de las voces más a la derecha, la de don José María Gil-Robles, desautoriza ya el referéndum. "Somos contrarios —dice— a todo referéndum que no vaya rodeado o precedido de las máximas garantías de sinceridad, no solamente en cuanto a la emisión del voto, sino a la propaganda previa, la organización de los partidos y el control de la votación". ¿Quién puede dar en estos momentos esas garantías? Si las da el Gobierno, ¿podrá evitar que "otras voces, otras acciones ajenas", lo enturbien, lo falseen, lo violenten? Otra voz de la oposición democrática, la del señor Ruiz-Giménez, admite el referéndum "en último extremo" —es decir, si es que no se puede, en su lugar, convocar unas Cortes Constituyentes—, pero "con una previa legalización de los partidos y, a través de los medios de comunicación social, propagar y divulgar sus criterios sobre la respuesta favorable o desfavorable que haya de dar a las preguntas del referéndum".

ESTE es otro enigma. ¿Qué se le va a preguntar al pueblo español? El pueblo español está ya dando espontáneamente numerosas respuestas sin que se le haya preguntado

nada. Probablemente se le va a preguntar acerca de la Ley de Sucesión, probablemente si está de acuerdo en que la edad de ocupar el trono se reduzca a los dieciocho años. Una gran parte de la población está esperando que se reduzca a los dieciocho años la mayoría de edad y la edad de votar; una enorme parte de la población española sigue constreñida a esa dictadura personal y pública de la minoría de edad, y, en buena ley, deberá contestar que no, que si no se puede ser ciudadano entero a los dieciocho años, difícilmente se puede ser Rey. Un Decreto-Ley importante antes del referéndum —si fuere un proyecto de Ley, las Cortes gerontocráticas lo impedirían— sería determinar que pueden votar los españoles de dieciocho años o más. La juventud tiene mucho que decir en un futuro que, teóricamente, se establece para ellos. Y sobre todo vigilar que lo que se define como un futuro para ellos no sea solamente un presente para otros. Se le va a preguntar al pueblo si desea una determinada modificación de las Cortes, del Consejo del Reino (convertido en Senado) y si autoriza al Gobierno a modificar por Decreto-Ley las Leyes Fundamentales o parte de ellas. ¿A qué Gobierno? ¿A éste, parsimonioso y circunspecto, imprevisto y pausado? Si este Gobierno no ha surgido de la elección popular, ¿por qué le pide ahora al pueblo un cheque en blanco? La primera consulta que debía hacer el Gobierno al pueblo es si debe o no seguir en el poder. Es decir, plantear una cuestión de confianza; ya que no tiene un parlamento de elección popular ante el que hacerlo, que lo hiciese por la vía impura del referéndum. La imposibilidad de matizar las respuestas, en las que no caben más que el "sí" y el "no", y, en último caso, las abstenciones o las papeletas en blanco, impide saber cuál es la verdadera voluntad popular. Un referéndum puede tergiversar de tal modo sus preguntas, que puede significar una confianza al Gobierno, cuando lo que se quiere es expresar de algún modo un deseo de democracia, de libertad y de posibilidades de elección libre.

HAY ya alguna tendencia en la oposición democrática, y desde luego en la izquierda de fuera de la Coordinación, que representa capas importantes de opinión pública, a predicar la abstención en el referéndum. Sus motivaciones son muy serias, pese a lo prematuro de la toma de posiciones cuando todavía no se sabe el alcance de las preguntas ni la posibilidad que tengan los grupos de la oposición de hacer su propaganda libremente, en reuniones públicas, manifestaciones, televisión, radio y prensa, en torno a dichas preguntas. Cuando ni siquiera hay seguridad de que el referéndum se vaya a celebrar ni en qué fecha. La tendencia a la abstención, que comienza a extenderse, se refiere, sobre todo, a la desconfianza que inspira el Gobierno para quienes desean una evolución democrática y a la falta de garantías en la situación actual para la libertad de acción de la oposición. Proponer una serie de respuestas negativas sería, para los que así creen, entrar en el juego del referéndum, prestarse a la tergiversación que pueda suponer una confianza a un Gobierno que no les ha dado ocasión de aceptarla, y que a sus leves tolerancias opone un inmenso contrapeso de represiones, cár-

celes y multas. Esta oposición cree, además, que votar negativamente puede ser sumar sus votos a la oposición de la extrema derecha, que se va a oponer a las reformas por los motivos diametralmente opuestos: porque consideran que es alterar los Principios Fundamentales del 18 de Julio o del Movimiento, que consideran eternos y permanentes. Ya uno de los dirigentes de esa oposición ha enunciado que los próximos cuarenta años de España deberían ser iguales a los transcurridos (señor Fernández de la Mora); ya un activista conocido (el señor Sánchez Covisa) denuncia a miembros del Gobierno por lo que cree opuesto a los fundamentos del Estado. La dimisión del señor Girón de la Comisión Mixta indica también una fuerte presión negativa.

EL Gobierno podría darse un grave susto con los resultados del referéndum. Sin duda confía hasta ahora en lo que con frecuencia llama "la mayoría silenciosa", entendiéndolo que solamente hay politizadas unas minorías, y que esa mayoría centrista, suavemente demócrata, podría votar "sí" respondiendo a presiones del tipo de "última oportunidad". Esa mayoría puede ser más sacudida por la oposición de los dos bandos de lo que el Gobierno cree. El Gobierno podría encontrarse con unas cifras exiguas de votantes, con un número importante de respuestas negativas. Con un fracaso electoral que ni siquiera tendría la brillantez de unas grandes elecciones perdidas, sino de un recurso frustrado. ¿Dimitiría en ese caso el Gobierno? Es algo que debe anunciar de antemano. Pero también de antemano debe tener un cuidado extremo de que su imprevisión y su impericia se conviertan en algo negativo para la Corona. Sin duda, el Rey tiene ya buenos consejeros que le advertirán del riesgo que comportaría comprometerse de alguna forma con la convocatoria, con la formulación, con el resultado del referéndum. Y, sin embargo, es el Jefe del Estado. Y, sin embargo, este Gobierno es el Gobierno de la Corona. En una situación tan delicada y tan extravagante como la de España, importa, incluso a los que nos sentimos y proclamamos republicanos, conservar el equilibrio coyuntural que supone la Corona en esta situación. La prensa de los Estados Unidos atribuye al Rey unas determinadas preocupaciones: "Don Juan Carlos ha mantenido un 'silencio real' sobre estos desarrollos políticos, pero el nuevo Jefe del Estado español está gravemente preocupado por la resistencia de la derecha al cambio político. Aunque el Rey piensa que la hora de la reforma democrática ha llegado ya, el presidente del Gobierno, señor Arias Navarro, está demostrando más inmovilidad que movilidad" (Armand de Borchgrave, en "Newsweek", según Gustavo Valverde, corresponsal de "Ya" en Nueva York). No sabemos con qué fundamento expone el periódico de los Estados Unidos las preocupaciones del Rey, pero es indudable que en sus manos está conservar o no al actual presidente del Gobierno, y que, conservándolo, después de haberle hecho el encargo de formar este Gobierno, debe sentirse incluido en sus acciones. Sin una explicación muy detallada, sin un distanciamiento que no sabemos hasta qué punto sería constitucional, el Rey puede verse alcanzado

por los resultados de un referéndum que quizá no responda a sus verdaderos deseos. Y que está ya viciado de antemano.

PERO, ¿habrá o no habrá referéndum? Hasta tanto se produzca una información oficial, el curioso enigma seguirá planeando sobre la vida nacional, con su falsa solución para problemas reales. El país está sin información. Las entrevistas entre personajes de máximo rango se multiplican. "Como es lógico, nada ha trascendido de este encuentro", dicen textualmente los diarios cada vez que dan noticia de una de estas entrevistas. ¿Por qué lógico? ¿Si se soslaya así el primer derecho del ciudadano democrático, que es el de estar informado, qué nos sucederá con los demás? No entramos en esa lógica. "Luz y taquígrafos" sigue siendo una hermosa definición de la democracia. Entrevistas secretas, planes por sorpresa, pactos interiores, seguirán siendo fórmulas autocráticas.

OUFDA ahora todo remitido al mensaje que el presidente del Gobierno, señor Arias Navarro, habrá de dirigir a la nación: cuando se cierran estas líneas se anuncia la fecha del 28 de abril para la transmisión de un mensaje del presidente por radio y televisión. Se especula con que las notas previas para este mensaje han sido ya reformadas. Tampoco puede saberse en qué sentido, "como es lógico". Puede temerse que por la influencia de las "otras voces, otras acciones".

Y así vamos de mensaje en mensaje. El último no fue satisfactorio. Resultó impreciso. El tiempo transcurrido desde que se emitió no ha aclarado tampoco nada de lo que suponía un "programa de gobierno". Se dijo entonces que debía ser así, conservador, precisamente porque estaba destinado a las Cortes, que son conservadoras. Conformismo peligroso. Sobre todo porque tenía muchos millones más de auditores en España y en los centros de decisión y diplomacia del mundo que los que puedan representar en las Cortes. Se dice de éste que puede llegar más lejos. Pero el propio señor Arias Navarro ha advertido ya: "No me gusta engañar a nadie, ni tampoco me gustan los sensacionalismos y las promesas utópicas. Hay que andar sosegados en estos tiempos, sin tirones en el acelerador". Palabras que corresponden exactamente a las virtudes conocidas del señor Arias Navarro, y sin duda muy estimadas. Pero quizá desplazadas de la verdadera situación actual. Existe la leyenda de que el señor Arias Navarro no desea realmente gobernar en estos momentos, y lo hace como un sacrificio personal. No nos cuesta ningún trabajo creérnoslo. Ha pasado por muy duras pruebas históricas, y su temperamento, sus creencias, su formación y su psicología, a juzgar por sus textos y sus acciones, están sometidas a contradicciones violentas. Lo grave sería que ese sacrificio que realmente está haciendo no produjese ningún beneficio, sino todo lo contrario. Un presidente del Gobierno más identificado con los cambios que se dice querer hacer y más decidido a enfrentarse con las "otras voces, otras acciones" que impiden la labor directa del Gobierno. La busca de la fuerza para sustentarse por medio del referéndum, si es que se decide a convocarlo, no va a ser útil ni práctica. No es ése el camino.